

Un trono a la intemperie

CARLOS GÓMEZ CARRO

El acucioso antropólogo Eduardo Matos Moctezuma ha afirmado que el pueblo mexica nunca contempló un águila devorando una serpiente sobre un nopal, para ahí fundar la ciudad sobre el lago de la luna, México-Tenochtitlan. Es la afirmación de un científico prestigiado (iniciador del proyecto Templo Mayor) que refuta un mito. Podría señalar, del mismo modo, que Quetzalcóatl nunca fue engañado por Tezcatlipoca, cuando aquél es burlado por éste con una ingeniosa estrategia (se disfraza “el siempre joven” de anciana y le promete mostrarle su verdadero rostro), de consecuencias funestas en el ámbito de la narrativa mítica del Anáhuac. Asombraría, del mismo modo, que algún historiador señalara la ausencia de pruebas acerca de la existencia de Zeus o que Rémulo y Remo no pudieron ser quienes fundaron la Roma imperial. Más allá de que los mitos no se componen de argumentos demostrables y viven en el limbo del tiempo (tampoco la Virgen de Guadalupe se le habría aparecido a Juan Diego en el Cerro del Tepeyac ni existido nunca el “milagro de las rosas”).

Lo cierto es que, como argumentara Denis de Rougemont (*El amor y Occidente*), los mitos hablan a través nuestro sin que lo advirtamos. Así, para el creyente, de manera secreta, Coatlicue es la Virgen de Guadalupe, y Guadalupe una advocación de la Virgen María, y, por consiguiente, su Hijo un mestizo (al menos, en algunas exquisitas disquisiciones novohispanas). De ahí que Richard Nebel considere el manto de Guadalupe como el símbolo maestro de la cultura en México. En ella se resumiría la patria sincrética y mestiza, ya desde la primera mitad del siglo XVI.

Y si Tenochtitlan no fue fundada en 1321, aun así, los caprichos numéricos se suman al imaginario colectivo en un ejercicio numérico que habla a través nuestro. Y es que, tres siglos después, en 1521, es tomado preso el “joven abuelo”, el tlatoani mexica Cuauhtémoc, y registrada en ese año la caída de la ciudad imperial de México-Tenochtitlan a manos de sus profusos enemigos, un 13 de agosto. En 1821, otros tres siglos más tarde, se registra la consumación de la Independencia política de México, y cien años después,

la fundación de la Secretaría de Educación Pública en México, durante la presidencia de Álvaro Obregón y, con ello, el inicio de un deslumbrante y enérgico proyecto cultural al mando del filósofo y escritor José Vasconcelos. También, la publicación, en ese año, del arquetípico poema “La suave Patria” y la muerte de su autor, Ramón López Velarde (1882-1921).

El poema convertido en altar de la nación, pues ahí comulgan, como ante el manto de Guadalupe, ateos y creyentes, escépticos y patriotas, musas y damiselas de cantina. La consagración del matrimonio entre el devoto de las siete noches –símil del santo de cuya muerte renace la higuera– y la prodigiosa Patria de cada uno, porque es íntima. Una Patria que es nueva, pues apenas la vamos descubriendo (aun hoy en día), pero típica y tradicional, como muchacha asomada tras la reja. La novedad de la tradición, eso es la Patria suave.

Las paradojas se suceden y de la zozobra del poeta, entre sus dilemas de seminarista y sus pasiones amorosas que, en milagro de juguetería, logra amalgamar de un modo formidable en un poema que es, a la vez, un último suspiro. Y para mayor asombro, exaltada por un presidente de la República, Álvaro Obregón, al que el poeta miraba con profunda desconfianza. Como si el numen del poeta también supiera jugar a los dados.

En su juego de alegorías consustanciales, en el verso “un higo te dará San Felipe de Jesús” concentra el ejercicio poético al que ha dedicado esa mimesis que hace el poeta con el santo mexicano. Florecer en un poema en el que habrá de entregarnos su Patria imaginada como un destino. “Frente al hambre y el obús” revolucionarios, él poeta nos dará su fruto poético, pleno de civilidad y de diáfanos colores y sabores varios, y de febriles pájaros carpinteros. Una Patria, a la vez, nueva y milenaria. Esa es “La suave Patria”.

En este número 56 –poco cabalístico– de *Tema y Variaciones de Literatura*, hemos reunido un conjunto de ensayos sobre el poema y el poeta, y el nacionalismo que se funda desde entonces, literario, artístico y aun político, a partir de la lengua de un poema vestido “de percal y de abalorio” patrio. De su ánimo y su estilo. Nuestros colaboradores abordan trayectorias y naufragios, metáforas y juegos enciclopédicos, adivinanzas y loterías, de un poeta que supo vivir a plenitud sus mágicos 33 años, la edad del Cristo azul, por si la cábala no cesara.

El poema y el poeta nos da motivos para celebrarlos. No hay duda de que ambos desbaratan desavenencias irreconciliables en una patria de discolos, como afirmara Juan Villoro, en uno de los múltiples homenajes que ahora se suman en este aniversario como espejos de feria pueblerina. Los fuegos de artificio surgen, pues de artificios se concibe el arte de López Velarde, y es tan

veraz el mito que concibe que pocos atinarían a discrepar sobre el vigor de su carácter fundacional. Y nos emociona esta cábala de cien años.

Y es que, como los grandes mitos, "La suave Patria" no necesita ser comprendida para embelesarnos. Cada verso es motivo de desciframientos hermenéuticos sobre los cuales abundan las discrepancias; incluso, no deja de haber versos completamente insondables, diría Guillermo Sheridan, como su verso final: "la carreta alegórica de paja". De modo que su deleite prescinde de su comprensión plena y más de su intuición. Y no solo sucede con este poema velardiano, sino con su poesía entera y aun con sus ensayos: "Yo era rapaz / y conocía lo o por lo redondo" ("La prima Águeda") que genera múltiples y sabrosas exégesis y digresiones que van y regresan a su centro magnético. La eufonía precede a su sentido y el sentido es, precisamente y ante todo, su eufonía. Las palabras vuelven a su origen y recuperan, en un gesto mágico y alegórico, todo su poder metafórico.

En esto, hay dos vertientes interpretativas que se basan, si no en el poema, sí en su autor. Católico, perteneciente al Partido Católico era; por consiguiente, un conservador, muy a pesar de las cartas que llega a dirigir a su amigo Eduardo J. Corea:

No sé en donde pararemos si no viene un tratado de paz. Indudablemente que lo más práctico sería que el curso de la revolución no se detuviese, como en 1910. Así se tendría la posibilidad de despojar a la burguesía de toda su fuerza política y de su preponderancia social, y quizá hasta de efectuar científicamente una poda de reaccionarios, en especial de los contumaces.

¡Poda científica de reaccionarios! Ningún bolchevique se lo reprocharía. Y, sin embargo, la percepción de un López Velarde conservador es la dominante. ¡Cómo si los años revolucionarios no hubiesen marcado para siempre al vate jerezano y a su poesía! Tesis sustentada por nombres célebres como los de José Emilio Pacheco y Gabriel Zaid. La otra postura es que los años revolucionarios lo hacen "zozobrar" de sus convicciones seminaristas, hasta convertir su corazón en un adicto al amor profano. La dialéctica de "La suave Patria" habría sido concebida en la poética reconciliación de ambas posturas, montadas en una carreta de paja.

Tal ejercicio hermenéutico da inicio con un texto de Rafael Hernández Rodríguez, quien nos entrega la percepción olfativa y degustativa, plena de sabores, que contrasta esa Patria "hacia adentro" del poeta, la íntima, la nacida de su diaria ecuación de panadero profético; frente a la "monumental y elitista"

del porfirato o la popular de la Revolución. Alina Dadaeva, por su parte, encausa sus reflexiones velardianas en las dualidades del poeta y sus duplicidades psicológicas que gestan la cauda de tropos de la poesía del jerezano.

Vicente Francisco Torres nos advierte acerca de las discrepancias políticas que el centenario propicia y actualiza el reloj de la nación, que celebra al poeta y su poema. Examina la obra poética de López Velarde y sus ensayos y, más que discrepar, sus reflexiones son una suscripción de lo ya dicho por Sergio Fernández, Guillermo Sheridan, José Emilio Pacheco, Allen W. Phillips y Octavio Paz, entre otros. Arturo Alvar nos propone un ejercicio de tintes sociológicos en el que el poema evade, con su propia fuerza poética, los intentos de hacer de él un monumento. Quien esto escribe, resalta la síntesis poética con la que, de modo acrobático, resuelve el poeta su percepción de la dualidad femenina que le toca vivir en carne y en la carne del espíritu. La que abre la tienda a las seis de la mañana y la que a esas mismas horas concluye sus amores mercantiles. En ambas se sintetiza la Patria suave.

Guadalupe Ríos de la Torre, exégeta de esos años, nos actualiza acerca del papel que la moral dominante y su economía asignaba a mujeres y hombres. Vemos un entorno en el que el poeta privilegia la mujer que habita el espacio privado, mientras que el espacio público, desde el que el poeta canta, reafirma en su poema tal condición femenina. Tomás Bernal, por su lado, contempla “La suave Patria” como un instrumento del que el Estado se vale para unir su pasado y su presente, y para consolidar la hegemonía cultural que pretende y consigue.

Gloria Ito capta un poema desde las ecuaciones sutiles de un Deleuze y Guattari, que concibe un espacio de comprensión en fuga que transita entre en un siglo y otro (el xix y el xx), en sus hábitos y en su modo de comprender su realidad y que el poema condensa. Enrique López Aguilar concluye este breviarío conceptual con un texto que enfoca sus indagatorias poéticas en las exquisiteces de un poema de Jorge Luis Borges y en otro del poeta mexicano, con el que, sin duda, el argentino sentía una mayor empatía literaria, Ramón López Velarde. Los poemas contrastados, por sus nostálgicas implícitas de un retorno improbable, son “Adrogué”, del primero, y “El retorno maléfico”, del autor de *Zozobra*.

La aventura quirúrgica de fervoroso análisis continúa, ya no con el poeta jerezano, sino con lo que en la publicación hemos denominado sus “Variaciones”. La muerte tan siempre presente y tan inesperada, a pesar de sus múltiples anuncios, nos trajo la desaparición mortal de un gran poeta, Enrique González Rojo Arthur (1928-2021), además de filósofo, activista político y maestro de diversas generaciones. Iniciamos esta sección con una evocación de su vida (en muchos sentidos ejemplar) y obra. La relación inicia con unos apuntes del quien escribe. El oficio del poeta y la poesía como oficio y destino. El signo finito que se atreve a cifrar el infinito.

Myriam Rudoy C. nos propone un ejercicio meticuloso y didáctico, primero con una semblanza del escritor y, luego, con un atento seguimiento de las claves de uno de los libros del poeta y sus referencias griegas, plenas de armonías y complicidades, guiños de ojo para

un lector en ciernes. Arturo Álvar recupera la épica sordina de sus encuentros con González Rojo Arthur, el que su poeticismo no era una vanguardia, sino su crítica. Un pensador que creía, más que en la inspiración o la musa, en el duro trabajo de una lógica poética. El examen de Enrique González Rojo Arthur concluye con unas líneas pleno de fervor de Andrés Cisnegro, discípulo del poeta y promotor de su obra, a quien mira como un creador de modelos híbridos, como sus novelemas, repasa a un autor que supo tomar a la filosofía y a la poesía como las armas de su pensamiento militante.

Hecho el homenaje, a modo de duelo, el número 56 de la revista propone una miscelánea literaria de ensayos. Enrique López Aguilar, aficionado a los juegos rayuelanos de Julio Cortázar, nos propone una simpática revisión de una ortografía para hablantes y, ya entrados en materia, nos convence de la simetría de la ortografía y la ortopedia. Ana Benítez nos confía los avatares de Salvador Elizondo en su búsqueda del tiempo perdido a través de la autobiografía. *Elsinore* es una de esas propuestas que iniciara el escritor con su *Autobiografía precoz*. Este viaje concluye con otro viaje, el que nos propone Felipe Sánchez Reyes a partir de la jocosidad de una novela de Emilio Carballido que comienza en Buenavista y concluye en Monterrey. Asimismo, este viaje concluye de la Patria de López Velarde a la de Carballido.

RAMÓN LÓPEZ VELARDE



Imagen: Ariadna Lozano Montes de Oca